

no podían disponer individualmente del tesoro de la Orden, tuvo que limitarse á tomar simplemente la cantidad que por el pronto se necesitaba. Despues de los musulmanes fueron satisfechos completamente, se dirigió el rey á la costa para embarcarse, y antes de verificarlo llegó su hermano Alfonso que acababa de recobrar su libertad. Despues de tantos sufrimientos, se embarcaron juntos, dirigiéndose á Acre, donde les esperaba el mas cordial recibimiento.

¿Podía desde allí continuarse la cruzada? Luis solo tenía á sus órdenes algunos condes y caballeros, que casi sin excepcion deseaban ardientemente regresar á su patria, y cuyos deseos se afirmaban mas y mas por las noticias que llegaban de Francia. En la patria no habian querido dar crédito á la noticia de la catástrofe del soberbio ejército de cruzados, hasta el punto de que los primeros mensajeros que habian anunciado la triste nueva habian sido perseguidos como impostores y aun algunos de ellos ejecutados; pero poco á poco el público se convenció de la verdad de la terrible noticia, y comenzó á temer que los adversarios de la corona de Francia, principalmente los ingleses, se aprovecharan de la favorable ocasion para renovar sus antiguas hostilidades. La reina Blanca exhortó por esto á su hijo que volviese á Francia tan pronto como le fuera posible. Pero Luis era de otra opinion y perseveró firmemente en ella, á pesar de que en un consejo de guerra celebrado en Acre, se opusieron á su idea todos los barones franceses, excepto uno, el señor de Joinville, senescal de Champagne, el cual, tanto por su valor, como por su carácter franco y por su buen humor, aun en medio de los pesares, se habia hecho muy simpático al rey hacia ya tiempo, y desde entonces intimó mas y mas en su amistad. Apoyado en su parecer, declaró Luis que se queria quedar todavía algun tiempo en Tierra Santa.

Esta resolucion del monarca estaba por lo demás justificada por la circunstancia de que el arreglo con los egipcios no habia aun terminado completamente. Hasta entonces no habian salido del cautiverio mas que un número regular de señores nobles, y quedaban todavía prisioneros muchos cristianos que en parte habian caído en poder de los musulmanes durante la última campaña y los demás en años anteriores. Al espirar el tratado estaban obligados los emires á poner en libertad á todos aquellos desgraciados, y lo mismo á todos los enfermos, los cuales podían quedarse en el país del Nilo hasta su restablecimiento. Muchos de estos habian sido asesinados por los enemigos indisciplinados al ocupar á Damietta, y por esta razon se sentia mas obligado en conciencia el piadoso Luis á hacer en favor de los desgraciados que sobrevivian todo cuanto le fuera posible. Mandó al efecto un embajador cerca de los emires para recordarles el cumplimiento de lo pactado. El resultado de este paso fué de escasa importancia; pues en lugar de muchos miles solo fueron puestos en libertad algunos cientos de prisioneros, algunos de los cuales porque se hallaron en la posibilidad de pagar su rescate á parte. Poco despues se presentó una ocasion favorable para alcanzar de los emires por medio de las amenazas, lo que no habian querido conceder espontáneamente. El asesinato del sultan Turanschah ofendió profundamente á los musulmanes sirios, que no querian ser gobernados por oficiales egipcios. Se levantaron pretendientes á la dignidad de sultan, y uno de ellos, el príncipe Yusuf de Alepo, biznieto de Saladino, se apoderó de Damasco y avanzó desde allí hácia el Sur ofreciendo á los cristianos una alianza para la lucha contra el Cairo. En el país del Nilo se habia operado tambien un cambio: los emires para reforzar su situacion habian apartado del gobierno á la sultana Schedscher Eddurr y colocado en el trono al príncipe Muza, nieto de Alcamil; sin embargo temian no ser bastante fuertes para contrarrestar el poder

de los damascenos y cristianos unidos. Por esto, cuando Luis les amenazó con hacer alianza con el príncipe Yusuf, si no cumplian lo estipulado, dieron nuevamente libertad á mayor número de caballeros, escuderos y niños, y renunciaron tambien á la segunda mitad del rescate que aun les debía el rey.

Mientras todo esto acontecia, trascurrió largo tiempo y á la vez se fué despertando en Luis el deseo de emprender nuevas hazañas en favor de Tierra Santa. Las fuerzas de su ejército se habian disminuido notablemente; pues las mortíferas enfermedades que habian contraído, principalmente por los sufrimientos pasados, habian hecho grandes estragos; y además porque habian regresado á Francia casi todos los señores principales, entre ellos los condes de Poitiers y de Anjou. Sin embargo, esperaba el rey poder entrar pronto en campaña con un poderoso ejército, calculando que la patria no le abandonaria completamente. En agosto de 1250 exhortó á sus súbditos por medio de una elocuente circular á que se embarcaran en la primavera siguiente á fin de expulsar á los enemigos de Jesucristo de los Santos Lugares. Entre tanto, esperando á que le llegasen nuevas tropas, se ocupó en hacer una expedicion á Nazaret, que realizó con el mas humilde recogimiento y compostura, llevando sobre su desnudo cuerpo una camisa de pelo; y tambien en reconstruir la destruida ciudad y las fortificaciones de Cesárea.

Francia no fué del todo insensible al llamamiento de socorro de su piadoso monarca; pero el movimiento que se inició entonces fué la sepultura de las postreras esperanzas de Tierra Santa. Mientras que se negaban resueltamente á hacer nuevos sacrificios en favor de Jerusalem los duques, condes y caballeros, la gente baja poseída de irreflexiva impetuosidad se levantó en masa como en los dias de Pedro el Ermitaño, y en su ciego entusiasmo atrajo sobre sí y sobre la causa de la santa Cruz amargas calamidades. Por la Pascua del año 1251 se levantó en la Picardía y en Flandes, comarcas en las cuales, ó en cuyas inmediaciones habia antes predicado Pedro, un anciano fanático que se decia llamado á la predicacion de la cruzada por una orden de la Virgen María. Le llamaron el maestro húngaro, por ser oriundo de Hungría, y despues de su fin desgraciado le echaron en cara que habia sido un apóstata, que habia aprendido la magia entre los musulmanes y tenido únicamente la intencion de entregar cristianos sin cuento al sultan de Babylon (Cairo), para que este ganara influencias sobre Francia. En realidad queria el maestro marchar con fuerzas armadas contra el islamismo; pero se dirigió á los aldeanos y pastores, porque decia que Dios estaba disgustado del orgullo de los grandes y caballeros, y queria dar á los pobres y despreciados el honor de salvar el Santo Sepulcro. Millares de personas se unieron en torno suyo; hizo prodigios y milagros; chicos y gente perdida se mezclaron con el ejército de los aldeanos, que pronto cayó como una calamidad sobre distintos lugares. Unos robaban y asesinaban, porque lo podían hacer todo impunemente; otros solo robaban para saciar su hambre; pero influyó en peor sentido todavía el espíritu de rebelion difundido por la doctrina del maestro. Como no eran los nobles, sino los humildes, los que habian de libertar á Jerusalem, parecia que estos eran los llamados á ocupar los primeros puestos, sobre todo los de cargo espiritual. Creyeron que ya no necesitaban ni al Papa, ni á los obispos, ni á los sabios teólogos, ni á los frailes; ellos bendecian, separaban los matrimonios, predicaban y absolvian los pecados. Los sacerdotes que se les oponian eran cogidos, maltratados y condenados á muerte. Al fin llegaron, como siempre hasta entonces habia sucedido en los movimientos populares, á una terrible persecucion contra los desgraciados judíos.

La expedicion de estos fanáticos feroces, llamados «pas-

torcillos», se dirigió desde Amiens á Paris y Orleans hasta Bourges. Su gran número, que ascendia hasta 100,000, les sirvió de proteccion durante algun tiempo; pero cuando mas allá de Bourges fué muerto el maestro por un hombre que no dió fe á sus milagros, se disolvió pronto toda la masa. Los mas prudentes regresaron á su patria; y los mas exaltados armaron peleas y luchas con sus correligionarios, ó fueron detenidos por las autoridades y condenados á muerte. Toda aquella loca empresa dió solo por resultado el propagar la aversion contra las predicaciones de la cruz á mas anchos círculos.

De Francia apenas podia ya Luis esperar socorro; y los reyes de Castilla y de Inglaterra que habian entonces tomado la cruz, tampoco le enviaron refuerzos, porque el uno murió poco despues, y el otro se valió de su voto de peregrinacion, únicamente para llenar sus cajas con los ingresos de la contribucion de la cruzada. Mas daños causó todavía la conducta del Papa á los intereses de Tierra Santa. Verdad es que Inocencio IV, accediendo á los ruegos del rey Luis, exhortó á las naciones para la cruzada; pero al mismo tiempo continuó haciendo la guerra á los príncipes de la casa de Suabia con el mayor apasionamiento. El emperador Federico, que sintió profundamente el descalabro de los franceses en Egipto, y que habia trabajado por la libertad de los prisioneros en el Cairo, murió el 13 de diciembre de 1250. Su hijo y sucesor, Conrado IV, fué perseguido por el Papa con el mismo odio implacable; se predicó contra él la cruzada; los cruzados debían ensanchar los dominios de la Iglesia en Europa y no en Oriente. ¿A quién pues habian de pedir sacrificios para la guerra contra el islamismo?

El rey Luis no podia salir inmediatamente de Siria despues de haber sido defraudado en sus esperanzas: «ni esta ni ninguna otra desgracia, decia, puede separarme del amor de Jesucristo.» Todo el año de 1251 estuvo trabajando con grande afan en las murallas de Cesárea; y de tiempo en tiempo dirigió nuevas súplicas á la cristiandad que no fueron atendidas en lo mas pequeño. En la primavera de 1252 le pareció que se le ofrecia ocasion propicia para trabajar con mas éxito; pues los egipcios, que se hallaban en guerra con los musulmanes sirios, le ofrecieron una alianza contra estos últimos. Luis se dirigió á Joppe para reunirse con los egipcios; pero los enemigos ocuparon á Gaza con grandes fuerzas, obligando así á los franceses á permanecer inactivos en Joppe. El rey empleó el ocio á que se vió condenado en fortificar la ciudad con murallas y nuevas torres. Él mismo llevaba piedras para la construccion, á fin de merecer así el perdón de sus pecados. Durante su estancia en Joppe le buscaron Lucía, viuda de Boemundo V de Antioquia, que acababa de morir, y su hijo Boemundo VI, para que decidiese las diferencias que habian surgido entre los dos. Lucía era la soberana de Trípoli y de Antioquia, pues que su hijo no habia llegado aun á la mayor edad; pero vivia casi siempre en la primera de las dos ciudades, exponiendo con esto á serios peligros á las demás, que hostilizadas sin cesar por los turcomanos necesitaban de mayor defensa. El hijo, jóven de grandes dotes y de gran desarrollo, deseaba recibir por lo menos á Antioquia para administrarla por sí; y logró sus deseos con ayuda de Luis, y se dedicó en lo sucesivo á la valerosa defensa de la antigua capital de sus antepasados.

En el año 1253 cambió de repente la situacion de los cristianos de Oriente. Los egipcios y los sirios hicieron la paz entre sí, formando un poderoso ejército de enemigos que podia aplastar sin gran trabajo á los cruzados cuando lo tuviese por conveniente. Las tropas damascenas, que habian ocupado hasta entonces á Gaza, regresaron á su país causando espanto á los habitantes de Joppe y de Acre; penetra-

ron en Sidon, que poco antes habia sido tomada por los musulmanes, y mataron y quemaron con horrible ferocidad. Luis les siguió con un pequeño ejército desde Joppe en direccion del Norte, propuso á su gente en el camino atacar á este ó aquel lugar de los enemigos, dando con esto ocasion á que una parte de sus caballeros hiciese una tentativa para atacar á Banias, y al fin se volvió á Sidon. Como las tropas damascenas ya se habian marchado de esta plaza, se ocupó Luis en dar tierra á los cadáveres y en reconstruir las murallas destruidas. Él mismo ayudaba á llevar á los sepulcros los cadáveres que ya se hallaban en estado de putrefaccion.

De este modo hubiera podido Luis continuar mucho tiempo todavía en Siria; pero los cristianos empezaron poco á poco á manifestar sus deseos de abandonar la Tierra Santa, temiendo de seguro que su presencia estimularia á los musulmanes á atacarlos. Tambien á fines de noviembre de 1252 murió su prudente madre Blanca, y Francia pedia á su rey, que entonces estaba mas obligado que nunca á defender el Estado contra los enemigos del interior y del exterior. Todo esto comenzó á desquiciar la constancia de Luis; sin embargo, imploró aun entonces á Dios por medio de procesiones para que le diese alguna señal de si debía quedar allí ó regresar á su país, y al fin, el 24 de abril de 1254, se embarcó en Acre con su mujer é hijos. El barco del rey sufrió mucho á causa de la niebla y de la tempestad; pero las oraciones y votos llevaron á los ánimos de los creyentes la fe en la salvacion de todo peligro, y á fines de junio desembarcaron felizmente en las costas de Francia.

Su pueblo le recibió con grande entusiasmo. Aunque la cruzada habia tenido tan malos resultados, y á pesar de que se podia hacer responsable á Luis de mas de una falta en la direccion del ejército, todo esto quedó subsanado por la admirable conducta que habia observado el rey lo mismo en la victoria que en las derrotas mas terribles. El rey se ofreció á los franceses como el ideal de los caballeros cristianos. Todo lo grande y sublime que veneraban en los nombres de Pedro el Ermitaño y de Godofredo de Bullon recibió en él su última expresion. Era un hijo fiel de la Iglesia sin servir á ninguna tendencia jerárquica. Piadoso hasta el fervor y humilde hasta imponerse tormentos ascéticos, no perdió de vista las condiciones esenciales de nuestra existencia y se mostró ante todo buen esposo y cariñoso padre. Valiente como el mejor de sus caballeros, inflexible contra los golpes mas duros de la fortuna, liberal hasta el heroísmo para con las personas que le rodeaban y mezquino para su propio cuerpo, ejercitó las virtudes que, despues de su muerte, le aseguaron como santo un puesto en los altares de la Iglesia.

CAPÍTULO XI.

FIN DE LA DOMINACION CRISTIANA EN ORIENTE (1)

SIRIA DESDE 1254

Al abandonar el rey Luis la Tierra Santa el año 1254, pudo quedar resuelta la cuestion de la duracion ó no duracion del dominio de los cristianos en aquel país enfrente de los

(1) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo VII. Weil, Historia de los califas, tomo IV. Faure, Histoire de Saint Louis. Wallon, Saint Louis et son temps. De Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre. Heyd, Historia del comercio de Oriente en la Edad media. Wilcke, Historia de la Orden de los templarios.—Ferner: Rohricht, La toma de Acre por los musulmanes (1291); impresa en las Investigaciones para la historia alemana, tomo XX, 1879. Hawemann, Historia del fin de la Orden de los templarios, Stuttgart y Tubinga en 1846. Michelet, Procés des Templiers, 2 tomos. Paris 1841 y 1851. Prutz, Doctrina y estatutos secretos de la Orden de los templarios, Berlin 1879. Heeren, Ensayo del desenvolvimiento de las consecuencias de las cruzadas para Europa. Obras

vecinos príncipes musulmanes; pero estos hicieron mal uso de su preponderancia, porque en vez de luchar unidos contra los enemigos de su fe, se despedazaron entre sí nuevamente. Todavía en dicho año, el emir Eibek arrojó del trono de Egipto al joven Muza, proclamándose sultan, y casándose, para reforzar su situación, con la sultana viuda Schedscher Eddurr. Una parte de los mamelucos abandonó entonces el Egipto, y estimuló a los príncipes sirios, principalmente a Yusuf de Alepo y de Damasco, a la lucha contra Eibek. Este último rechazó el ataque de los enemigos; pero fué asesinado el año 1257, por orden de su esposa, cuyos celos había despertado. Schedscher Eddurr no disfrutó por largo tiempo el fruto de su crimen, pues la mayor parte de los oficiales de Egipto se rebelaron contra ella, la mataron y colocaron sobre el trono a un hijo de Eibek, en cuyo lugar por fin tomó el título de sultan el año 1259 uno de los emires llamado Kotuz. Los príncipes sirios y los mamelucos aliados con ellos, atacaron todavía varias veces al Egipto durante estas revoluciones; pero no consiguieron resultado alguno, principalmente porque los mamelucos, llevados de su carácter indómito, se separaron de sus compañeros.

La segunda mitad del siglo XIII ofreció por tanto a los cristianos un nuevo plazo durante el cual pudieron tomar medidas para evitar la ruina que se acercaba. Las fuerzas con que contaban no eran por cierto numerosas, pues fuera de las tropas de los Estados cruzados, solo había en Siria un pequeño ejército francés que había dejado el rey Luis; y apenas podían ya esperarse de Occidente nuevos peregrinos dispuestos a la lucha. Sin embargo, no era su situación tan desesperada como pudiera creerse después de todo lo dicho. Las ciudades y fortalezas cristianas estaban todavía muy pobladas y encerraban grandes riquezas que había acumulado en ellas el comercio lucrativo con el Occidente y la Siria. Había, pues, suficientes recursos para establecer una sólida base de larga y tenaz resistencia, supuesto el espíritu de sacrificio, concordia y prudencia; pero el peor mal consistía en que todos los grupos y todas las clases de la población cristiana en aquel tiempo, distaban mucho de poseer las virtudes citadas. Los príncipes y señores de los grandes territorios y ciudades obraban en política por su propia cuenta, de suerte, que sin atender a los intereses comunes, vivían en paz o en guerra con los musulmanes, según sus momentáneas ventajas particulares. Los templarios y sanjuanistas se parecían en esto, naturalmente, a los grandes barones, procuraban además perjudicarse mutuamente de todas las maneras posibles y se odiaban entre sí. En el año 1259 estalló en Acre una lucha encarnizada, por una causa insignificante, entre ambas órdenes, y en ella perecieron casi todos los templarios allí presentes. Los comerciantes, finalmente, y el pueblo bajo se habían acostumbrado en las ciudades marítimas a sacar todas las ventajas posibles del comercio, y principalmente de los peregrinos que iban de Occidente. El puerto

históricas, Göttinga 1821. Kampschulte, tres conferencias para la historia de la Edad media, Bonn 1864. Prutz, La cristiandad y el islamismo durante la Edad media y los resultados históricos civilizadores de las cruzadas; impresa en el Compendio histórico, año 1878. — Los dos trabajos de Prutz arriba mencionados abundan en detalles instructivos, pero varios de los juicios generales que contienen son dudosos. Así por ejemplo, hace Prutz observaciones sobre las relaciones amistosas que bajo diferentes puntos de vista existieron entre los cristianos y musulmanes antes de las cruzadas, y deduce de esto que ni siquiera hubo un serio contraste de hostilidad entre ambos bandos religiosos. Del simple hecho de que fueron los musulmanes los que quitaron a los cristianos la Siria y la Mesopotamia, Africa y España, y últimamente el Asia Menor, amenazándoles con quitarles en lo sucesivo otros territorios, se deduce una consecuencia que pesa mas que aquellas relaciones amistosas que existían entre el islamismo y el cristianismo, y que da a las cruzadas un concepto mas profundo del que Prutz quiere concederles.

principal donde desembarcaban los cruzados, la ciudad de Acre, gozó por muchos años de muy mala fama en toda la Europa, por causa de las asechanzas y malas artes que aguardaban allí al piadoso peregrino. Los alemanes fueron los que mas sufrieron en aquella ciudad romana; pero la perversidad del pueblo de Acre resaltó tanto a la vista de todo el mundo, que el legado apostólico, Odon de Tusculum, que había estado con el rey Luis IX en Tierra Santa, declaró sin reparo al señor de Joinville: «es necesario que Dios castigue a este pueblo, y purifique la ciudad, con la sangre de sus habitantes, para que venga otro pueblo que se haga digno de la divina gracia, pues la población actual de Acre no es digna de ella.» No hay, pues, que extrañar que en tales circunstancias anduviese por los suelos la administración pública en los dominios de los cristianos, que el robo y el asesinato fueran frecuentes y que la seguridad personal y pública solo pudiera ser restablecida por los castigos mas sangrientos.

Pero no solo fueron los habitantes de Siria los que en aquel tiempo prepararon la ruina de los Estados cruzados; les ayudaron también, y de un modo fatal, los europeos, principalmente los habitantes de las ciudades italianas marítimas, que se perseguían con envidia implacable. Venecia, Génova y Pisa, principalmente, reconstruyeron con el mayor afán sus colonias comerciales en Acre, Tiro, Beirut y otros puntos que habían sido destruidos en su mayor parte cuando las victorias de Saladino, y procuraron darles una posición mas fuerte que la que antes tenían. Como prueba de esto hallamos en el siglo XIII personas colocadas como autoridad al frente de las colonias comerciales de cada ciudad madre, mientras que cada colonia tenía antes su autoridad propia e independiente. Así hubo un bailio veneciano ó *bajulus Venetorum in Acon, in Tyro et in tota Syria*, dos *consules et vicecomites Januensium in Syria*; al principio varios, después solamente un *consul communis Pisanorum Acon et totius Syria*. Las ciudades provenzales, San Gilles, Montpellier, Marsella y Barcelona, que poseían solamente pequeñas colonias en Siria, imitaron este ejemplo, a lo menos en cuanto que establecieron una *comunidad* (distrito municipal general), bajo la suprema dirección de seis ó siete cónsules. Los presidentes de estas poderosas organizaciones eran naturalmente las personas mas inteligentes del Oriente cristiano, y no solo se hallaban en contienda con los señores feudales, para quienes la situación privilegiada de las colonias era una espina en el ojo, sino que se aprovecharon también de todas las ocasiones para perjudicarse mutuamente y para enriquecer a sus propios compatriotas a costa de los rivales. Por eso hubo en la primera mitad del siglo XIII una serie de guerras comerciales en las cuales tomaron parte las ciudades madres y las colonias; pero hasta después del año 50 no estalló la guerra que, como ninguna otra, contribuyó a la ruina de los Estados cruzados. Entonces fué cuando estallaron las disputas entre venecianos y genoveses, a causa de un convento dedicado a San Sabas, que estaba situado entre sus barrios de Acre y fué reclamado por cada una de las dos municipalidades coloniales.

Los genoveses tomaron al fin las armas en el año 1246; se apoderaron, en unión con los pisanos, de todos los buques venecianos que había surtos en el puerto de Acre, y acosaron a sus enemigos hasta el interior de la ciudad, mientras que al mismo tiempo, el entonces señor de Tiro, Felipe de Montfort, expulsó a los venecianos de su territorio. En la ciudad de San Marcos se resolvieron a defender con energía sus intereses luego que tuvieron noticia de aquellas calamidades. Se acercaron ante todo a los pisanos para inducirles a un cambio completo de partido; después entraron en relaciones

amistosas con los provenzales, con los templarios y la mayor parte de los barones sirios y señores alemanes, de modo que quedaron solamente aliados de Génova, el ya mencionado señor de Montfort y los sanjuanistas. Finalmente mandaron los venecianos una poderosa escuadra para la defensa de sus colonias, derrotaron a los genoveses por mar y tierra, y ocuparon una gran parte de Acre. Esta ciudad padeció horriblemente bajo la influencia de aquella guerra continuada, pues fueron destruidas muchas casas y torres fuertes por las enormes piedras que lanzaban las máquinas de sitio. También se refiere que en Acre perecieron entonces mas de 20,000 personas. Entre los grandes de Siria, nació pues la idea de que para su propia salvación, era urgentísimo poner término a la tal guerra. Pidieron al papa Alejandro IV su intervención, y este logró que se celebrara un convenio provisional de paz entre Venecia, Génova y Pisa; pero entre tanto llegaba a la rada de Acre una fuerte escuadra genovesa, que fué destruida en mas de la mitad en larga y sangrienta lucha (24 de junio de 1258) por la escuadra veneciana que había salido a su encuentro. Los pocos barcos genoveses que escaparon de la derrota, huyeron al puerto de Tiro, y los *consules Januensium*, desesperaron entonces de poder sostenerse mas tiempo en Acre, y por esta razón abandonaron su colonia, trasladándose con sus compatriotas a Tiro. La brillante victoria que alcanzaron los venecianos, les predispuso naturalmente a no acceder a la conclusión definitiva de la paz que se les exigía. Pero el Papa no se desalentó por eso, antes bien, envió un legado que continuase las negociaciones de paz, y alcanzó, según se cree (no hay noticias ciertas), el término deseado de las hostilidades a principios del año 1261. Inmediatamente después se alió Génova, según vimos en otro lugar, con el emperador Miguel Paleólogo, para destruir el imperio latino y arrojar a los venecianos de Constantinopla. A consecuencia de este paso, Venecia continuó con doble furor la guerra contra su peligrosa rival. Todos los mares donde se encontraron las escuadras de estas dos ciudades y la de Pisa, todas las costas donde hacían el comercio fueron ocupadas desde entonces por el estrépito de los combatientes; inestimables tesoros se perdieron con los buques; en sus colonias y en los puntos principales de la Siria cristiana se encendió la guerra con mayor encarnamiento. En el año 1264 intentaron los venecianos apoderarse de Tiro. Felipe de Montfort y los genoveses parece que se unieron con los musulmanes para atacar a Acre; y aunque esto no está bien probado, es lo cierto que los genoveses sitiaron por mucho tiempo a Acre en el año 1267, ó sea, en una época en que todos los cristianos se hallaban en frente de los grandes peligros que les amenazaban de parte del islamismo. Finalmente, en el año 1270, pudo llegarse a un armisticio entre Venecia y Génova, por virtud del cual se devolvió a los genoveses una parte de sus antiguas posesiones de Acre. En el año 1277 fueron recibidos otra vez los venecianos en Tiro; pero en 1282 estalló una guerra entre Génova y Pisa a causa de la isla de Córcega. La horrible batalla naval librada cerca de la isla de Meloria el 6 de agosto de 1284, destruyó la mejor parte de las fuerzas de Pisa; pero la lucha duró todavía largo tiempo, y otra vez sufrieron mucho las ciudades de Siria. Hasta el año 1288, no se hizo la paz que impuso a los pisanos las condiciones mas humillantes para la colonia municipal de Acre, principalmente la relativa a la destrucción de sus obras de fortificación. Así se combatieron entre sí aquellos comerciantes italianos, llenos de odio y de envidia, hasta poco antes del triste fin de la dominación cristiana en Oriente.

Si después de lo dicho volvemos la vista a los últimos cincuenta años, no nos extrañará que los cristianos no fueran

bastante fuertes, en un tiempo en que los grandes príncipes musulmanes se combatían entre sí. Antioquia apenas pudo defenderse de las hordas salvajes turcomanas; y la nobleza del reino de Jerusalén sufrió por los mismos enemigos una gran derrota que recayó principalmente sobre los templarios, al paso que los hospitalarios, no tomando parte en la lucha común, tal vez por odio contra aquellos, no tuvieron por tanto que lamentar pérdida alguna. Pero estas contiendas, relativamente insignificantes, perdieron su importancia en frente del peligro que amenazaba al mismo tiempo a la civilización, ya cristiana, ya islamita del Asia occidental. Los mogoles extendieron sus conquistas durante aquel tiempo, por Persia y Mesopotamia hasta la Siria del Norte y Palestina. Fueron excitados en parte por el rey Hethum de Armenia, el cual, acosado por sus vecinos los musulmanes, procuró echarles encima la avalancha de aquellos bárbaros formidables. Por esto fué a Persia en el año 1256 el khan de los mogoles Hulagu, hermano del gran khan Mangu, ocupó en poco tiempo los llanos y destruyó en una lucha encarnizada las fuerzas principales de la secta fanática de los Asesinos, quemó sus plazas fuertes, hizo prisionero a su jefe, y dió muerte a millares de sus súbditos. Marchó después el vencedor contra Bagdad, se apoderó en el año 1258 de la residencia real de los califas, parte por traición y parte por la fuerza, recogió en la ciudad inmensos tesoros, y puso término para siempre al califato de Bagdad, dando muerte al último califa Almustasim. Finalmente, en el año 1259 llegó Hulagu a Siria, tomó a Alepo, después de una lucha sangrienta, y se apoderó de Damasco sin desenvainar su espada, porque allí como en la mayor parte de las ciudades sirias, se apoderó de todos el terror pánico. Los príncipes de aquellas comarcas huyeron despavoridos hacia el Sur; el mas notable de ellos, Yusuf de Alepo y Damasco, fué sin embargo cogido por los mogoles y ejecutado; otros escaparon a Egipto, último refugio de los musulmanes, y toda la Siria interior cayó bajo la dominación de los terribles enemigos.

La actitud de los cristianos ante este cambio conmovedor de la fortuna, presentaba la imagen de la mas lamentable confusión que hizo imposible entre ellos una acción común. Como los mogoles, en su lucha contra el islamismo, se mostraban naturalmente favorables a los cristianos, una parte de éstos se adhirió con gusto a ellos. Hethum de Armenia, que había contribuido, a lo menos en parte, a las expediciones de Hulagu, le llevó un ejército de socorro; Boemundo VI hizo una humilde visita al khan en su campamento y recibió en cambio la promesa de que el principado de Antioquia sería restablecido en toda la extensión que había tenido en sus mejores días; los cristianos de Damasco se burlaban de sus conciudadanos los mahometanos, les obligaban a arrodillarse delante de la señal de la cruz y empezaban a destruir varias de sus mezquitas. En el Occidente causaron grande alegría las buenas relaciones que tenían con los mogoles sus compañeros de fe de Siria: decían que Hulagu iba a hacerse cristiano, y que desde los días del emperador Constantino, y su piadosa madre Elena, nadie había hecho tantos favores al cristianismo como este khan y su esposa Donguz Chatun. Pero en contraposición a todo esto, declararon los templarios y hospitalarios, cuando se trataba de adherirse a Hulagu ó reconocer su soberanía: «que no habían tomado ellos los hábitos de su orden para llevar una vida cómoda, sino para morir por su Salvador; y de venir a ellos los *diablos* mogoles, hallarían a los siervos de Cristo dispuestos a la lucha sobre el campo de batalla.» A la altiva temeridad que estas palabras respiran, correspondieron pronto los siguientes hechos. Los caballeros hicieron una expedición de saqueo por los vecinos territorios de los musulmanes, que ya entonces esta-